



## Transiciones

VÍCTOR ALEJANDRO ESPINOZA

## Agraviados

Así se sienten muchos mexicanos. Entre la crisis económica, la inseguridad, los desfiguros de la clase política, los salarios de escándalo, la pobreza de la mayoría y la retórica como única respuesta; con todo ello se va gestando un sentimiento de desolación que no tiene referentes en la historia más reciente.

En los últimos meses ha crecido el morbo por saber cuál es la noticia adversa del día, el escándalo o hasta la forma en que fue derrotada la Selección Nacional. Es esa terrible sensación de que estamos en caída libre y nadie puede hacer nada para detenerla.

Como respuesta a las interrogantes lo único que encontramos es el discurso vacío. En buena hora la filosofía del vendedor más grande del mundo fue incorporada como parte central de los hacedores de políticas públicas. Al principio sonaban como ocurrencias folclóricas del “presidente del cambio”.

Con cuánto tino Porfirio Muñoz Ledo le endilgó el mote del “alto vacío”. Pero pronto observamos perplejos que las ocu-

rrencias eran las únicas propuestas que se tenían. A lo sumo se mal retomaron algunas ideas de la “planeación estratégica” y se pensó que a fuerza de repetir aquello de que “somos los mejores del mundo” y “somos de clase mundial”, se lograba cualquier meta.

Todo se permitía por una especie de luna de miel entre el nuevo mandatario y una sociedad que creyó en el cambio, pero que además no estaba viviendo una recesión como la de hoy, ni los muertos de la guerra contra el narco se contaban por miles.

Hoy la “crisis que vino de fuera” se ha encargado de barrer todas las esperanzas. A ello sumamos una interminable guerra entre las instituciones y el “crimen organizado” con su caudal de muertos que supera a cualquier guerra convencional: La terrible combinación nos lleva a una especie de callejón sin salida, donde la única certeza es que si las cosas están mal se pondrán peor.

Lo dramático para una sociedad como la nuestra es que en ese escenario la única actitud para evitar la depresión es la evasión o el cinismo. Nos acostumbramos a las malas noticias y hacemos escarnio de

nuestra situación.

Negar la realidad parece ser la mejor fórmula que ha encontrado la clase política para encarar las adversidades. La negación también se disfraza de voluntarismo: “Echémosle ganas para salir del atolladero”, “con buena voluntad se mueve cualquier obstáculo”, son las divisas que sustituyen al antiguo cliché: “Como México no hay dos”. Puro discurso vacío.

El problema es cuando quienes tienen un cargo de responsabilidad compran esa filosofía “Og Mandino”. El voluntarismo sustituye al diagnóstico, a la autocrítica y la discusión seria. Son los nuevos apóstoles que venden el “sonríe y la fuerza estará contigo” como la llave maestra de la felicidad al margen de la realidad. La racionalidad sale sobrando: “Échenle ganas y serán los mejores del mundo”. El diálogo inteligente no existe más: Se apaga la luz y todo mundo a rascarse con sus uñas.

Pero la sinrazón también tiene otra cara: El cinismo. No sólo nos acostumbramos a la adversidad o nos mofamos de ella: También adoptamos una actitud cínica para no pasarla tan mal. Para no pocos ésa es la salida: De qué nos queja-

mos si “antes estaba peor”, “así se hacía”, “nada va a cambiar”.

Ante cualquier cuestionamiento, no falta quien con una sonrisa diga: “No hay problema, no importa que se tuerza la ley, al cabo es poquito”. “Las leyes se hicieron para violarlas, eso no puede cambiar. Mejor pongamos nuestra mejor cara y aprovechémonos de lo que nos ofrece la complicidad”.

La vacuidad presagia el incremento del autoritarismo. La salida fácil es la mano dura, el garrote. El cinismo es un cómplice del funcionario déspota y sin ideas. La ausencia de razones en la toma de decisiones puede otorgar victorias pírricas, pero el daño a la institucionalidad, entendida como reglas claras y aceptadas por las comunidades, puede ser muy grave.

¿Cómo recomponernos en medio de esta adversidad? No hay otro camino que la razón, los argumentos, las ideas, los pactos, los acuerdos. Son muchos los agravios, pero todavía hay asideros dignos, pese a todo.